

Microdeportes

Historias para los que juegan

Luis Alzola Fariña nació en 1965 en Arafo. Desde muy joven se sintió atraído por la literatura como forma de escapar de una realidad en la que no se sentía (ni se siente) cómodo. Es profesor de Lengua y Literatura y sus alumnos han creado las portadas para este libro cartonero.



2014

Las tapas de este libro han sido elaboradas con cartón reutilizado, cortado y pintado a mano.

Muchas de ellas se han realizado en Talleres Cartoneros abiertos. Gracias a todos aquellas personas que nos han cedido amablemente su creatividad.

MICRODEPORTES de *Luis Alzola Fariña* está sujeta a la licencia Reconocimiento – No Comercial – Sin Obra Derivada 4.0 Internacional de Creative Commons.



Pegar a (A)

Pegar a Portada

Microdeportes
LUIS ALZOLA FARIÑA

Microdeportes

Historias para los que juegan

LUIS ALZOLA FARIÑA

La ajedrecista

Ella no era el rey con corona. Tampoco la reina con tocado. No era un alfil con penacho ni un caballo de largas crines. No era una torre rematada de almenas.

Ella siempre fue un peón. La figura de cabeza lisa y brillante. La primera en enfrentarse a la muerte.

Por eso, cada mañana, se envolvía los pensamientos en un pañuelo para continuar la partida.

Jugaba al ajedrez desde los seis años. Tan solo dos años después comenzó la partida de su vida. Por la vida.

-¡Jaque! - amenazó la enfermedad.

Ella, con ocho años, no se asustó. Sabía que al ajedrez se jugaba pacientemente. Ahora movería ella.



2014

Pegar a (B)



Índice

- La ajedrecista
- El jugador de baloncesto
- El corredor
- El paracaidista
- El escalador
- El windsurfista (o la increíble y triste historia de Pedro Antonio Jiménez; de cómo y por qué cayó de su tabla una mañana soleada, de viento suave y mar rizado y acabó último en la competición más importante de su vida, a pesar de que iba primero y llevaba una gran ventaja)
- El tirador de esgrima
- El jugador de fútbol
- Los boxeadores
- La karateca

El jugador de baloncesto

En el marcador dos puntos de diferencia. Últimos segundos.

La jugada duró un parpadeo. El chico estaba en la línea de tres. Vio a un compañero desmarcado e hizo el gesto de pasar, pero retuvo la pelota. Una mano se acercaba al compañero seguida de un cuerpo impulsado a toda velocidad. Rectificó la decisión. Volvió a colocar el balón frente al pecho y levantó los brazos. Lanzó a canasta.

La pelota empezó a dibujar un arco en el aire. Todos la observaban. En la cancha, los jugadores se movían para ganar sus posiciones con la cabeza hacia arriba. El árbitro con tres dedos en alto. El entrenador de los adversarios se llevó las manos a la cara. El suyo las juntó en actitud orante. Los padres del equipo contrario pronunciaron un “noooooooooo” que pareció infinito. Sin embargo, los de su equipo dijeron un “siiiiiiiiiiiiiii” más largo que el anterior. En el banquillo del equipo rival todos se taparon sus cabezas con toallas y camisetas. Los de su equipo alzaron los brazos agradecidos hacia el cielo.

El balón comenzó a caer en la dirección que todos intuían. Derecho, directo al centro de la canasta. Sin embargo, un ligero roce con el hierro posterior desvió la trayectoria. Rebotó y comenzó a girar sobre el aro. Una vuelta: el mundo detenido, los gestos congelados. Dos vueltas: todos con los músculos en tensión; preparados para la alegría o la tristeza. Tres vueltas: padres y entrenadores preparando las excusas, los ánimos, las felicitaciones... Cuatro vueltas: el chico vuelve la cabeza hacia su padre en las gradas y se sonríen.

Otro parpadeo.

Padre e hijo oyen aplausos y gritos de tristeza, pero no miran al aro. No miran la pelota. No miran el marcador.

¿A quién le importa el resultado?

El corredor

Había dejado atrás la meta, pero el niño continuó corriendo. No paró. Avanzó, empapado de aplausos, y atravesó la puerta del estadio sin disminuir el ritmo. Oyó los gritos del entrenador preguntándole a dónde iba y los sonidos que se fueron apagando poco a poco tras sí.

Mientras avanzaba, su mente se iba vaciando. Siempre que corría le sucedía. Era feliz, sin problemas, sin obligaciones. El cerebro se ocupaba sólo de mover las piernas y se sentía cada vez más ligero.

De esa manera, al olvidar las tareas del colegio, se atrevió a subir las empinadas calles del pueblo casi sin notarlas. Veía personas, casas y coches. Todo le parecía hermoso.

Llevaba casi una hora corriendo, cuando llegó al bosque. Se encontraba muy bien. El aire fresco, el olor a humedad lo ayudaban a mantener el ritmo. Ya no se acordaba de las discusiones que, a veces, oía y, entonces, fue capaz de ascender, campo a través, varias montañas.

Nada podía detenerlo.

Tres horas más tarde, llegó a una llanura soleada. Estaba a tal altura, que las nubes no conseguían cubrirla. En ese momento, la imagen de alguien golpeándolo resbaló por su frente y cayó reseca partiéndose en trozos de sudorosa sal.

Atravesó el llano batiendo otro récord.

La primera arcada le llegó cinco horas más tarde, cuando iba a comenzar a subir la cumbre más alta de la isla. Por un momento creyó que no podría coronarla. La pesadez de la cabeza y el estómago revuelto de ideas lo hicieron dudar. Sin embargo, optó por no parar. Notaba en el vientre unos extraños bultos cada vez que se tocaba para intentar aliviar el dolor. Formas que en algún momento creyó reconocer. Sufrió durante el ascenso continuas náuseas hasta que alcanzó la cima.

Pegar a (C)

¡Lo que faltaba!

Dejó que hablara, dio de nuevo unos sorbos largos a su vaso e intentó pensar. No podía. Ahora, María le clavaba los ojos y no conseguía concentrarse. Sintió miedo. Nunca lo había mirado así. Ella en su rincón parecía esperar impaciente el final del minuto, dispuesta a golpearlo con una furia y saña para las que él no estaba preparado. Su madre se despidió.

Tercer asalto. Nada más comenzar ella le propinó dos golpes directos fulminantes, el sexo y la separación. Imparables. Golpearon el hígado y la mandíbula respectivamente. Giró sobre sí mismo y cayó en la alfombra persa con la mente vacía. A pesar de tener los ojos cerrados una luz lo cegó. No hizo falta árbitro para la cuenta hasta diez.

(Este texto está publicado en el libro colectivo Cimientos, Los Realejos, 2008. El título original es "Pulso de amor")

La karateca

El "quiai" sonó agudo como un cuchillo cuando el puño atravesó la primera de las maderas. Un tsuki perfecto la rompió en varios trozos. Luego ejecutó una vuelta de ciento ochenta grados para enfrentarse a la segunda con una patada. Sólo quedaron astillas. Tras rodar por el suelo con una voltereta incomprensiblemente indolora llegó a la tercera. La despedazó con el codo.

Después de permanecer unos instantes mirando los restos de la última tabla, la niña giró la cabeza al público, juntó los pies, pegó los brazos a los lados del cuerpo e hizo una pequeña reverencia. Sonaron aplausos.

Cuando levantó de nuevo la cabeza, sonrió. Allí, sentados entre el público descubrió uno a uno a los que había destrozado hacía un momento.

Pegar a (C)

Allí, cayó de rodillas y vomitó. Palabras enteras, maldigeridas y mezcladas con la mala leche mañanera de otros. Miradas de desprecio y de burla salieron entre trozos de alguna discusión. Así permaneció durante un buen rato.

Al acabar, liberado de ese peso extraño, se sintió más ligero que nunca y se decidió.

Dos vueltas a la isla no serían demasiado para terminar el día.

El paracaidista

Se lanzó pensando en el suelo.

¿Dónde estaría? Oculto bajo un blanco esponjoso a más de cuatro mil metros. Acechándolo, oculto como una fiera. Sus garras de aire le deformaban la cara y lo arrastraban hacia él. Hacia sus fauces abiertas, inmensas.

Veloz atravesó las nubes empapándose de miedo. Olvidó el lugar del que provenía, pero no al que se dirigía. Ahora más perdido que nunca, más solo que nunca. El corazón acelerado y la respiración entrecortada hacían que se mareara. Por un momento perdió el sentido de la orientación. ¿Qué era arriba y qué abajo?

Salió de las nubes como un pequeño esputo del cielo. Como un expulsado hacia los infiernos. Loco de miedo. Yerto.

Llegó pensando en el cielo.

El jugador de fútbol

No solía jugar como titular. Tampoco se la solían pasar. Por eso cuando quería tocar el balón tenía que luchar contra veintiún jugadores.

Hoy jugaba porque habían faltado varios niños. Hoy participaban el gordo, el patoso y él.

No supo cómo ocurrió, pero de pronto se encontró el balón entre las piernas.

-¡Corre, negro de mierda!, le oyó decir a algún padre de su equipo.

Y él corrió como nunca antes lo había hecho. Esquivó a contrarios y a propios.

Sudando, acalorado, avanzó por la banda derecha hasta que un escupitajo lanzado desde la grada le refrescó la cara. Se limpió y continuó su huida hacia la portería.

-¡Hijo de perra!, le oyó decir a uno de los defensas. Y como un perro se defendió de los codazos y patadas que le propinaban.

Sintió, al entrar en el área, que continuar con el balón sería firmar la sentencia de una pierna rota o la nariz sangrante, así que miró a la portería, calculó el disparo y chutó.

-¡Gooooooooooooo!, se oyó en el campo.

El patoso le palmeó la espalda y el gordo le dio un abrazo.

Al final del partido: todos, cero; él, uno.

Los boxeadores

Al final, sus palabras lo noquearon.

El primer asalto transcurría como en los otros combates, él pegado a las cuerdas se defendía de los golpes que lanzaba María. Un croché de izquierda referido a las pocas veces que ponía la lavadora le rozó la oreja. Él usó una esquivada a la derecha mencionando que solía ocuparse del taladro para colgar cuadros y logró salirse de la trayectoria. Pero el juego de piernas de ella era impecable y lo volvió a acorralar en el rincón con una finta con la que logró disminuir la distancia. Un doble jab culminó con un gancho que sonó rotundo en su mentón, esta vez hablando de lo poco que jugaba con los niños. Se mareó.

Sonó la campana y María se dirigió a la cocina. Él, sentado, dio largos sorbos a su vaso e intentó rehacer la estrategia. Le extrañó la fiera de María. Hasta ahora siempre se había comportado como en un combate amateur y los puñetazos eran amortiguados por los protectores bucales y la chichonera. Pero ya parecían no protegerlo. Decidió pasar al ataque. Empezaría con una cadena de puños rápidos mencionando el teléfono, las abolladuras en el coche, las constantes e irritantes preguntas sobre cuestiones informáticas..., para encajarle luego un gancho bien fuerte sobre las últimas salidas nocturnas con sus amigas.

María regresó. Había sido el portero automático. Una confusión.

Comenzó el segundo asalto. Ella se defendió con una perfecta guardia en V, un movimiento de piernas y caderas excelentes y unos contraataques que parecían estar estudiados al milímetro. Él acabó otra vez contra las cuerdas recibiendo una lluvia de golpes que apenas podía esquivar: las cenas, los almuerzos, los desayunos y meriendas, la recogida de los niños en el cole, las tareas, las clases de música y el kárate, la ropa, la plancha... Aturdido, sus rodillas flaquearon y tuvo que hincarse. Sonó la campana. Salvado. Era el móvil. Su madre.

Miró hacia abajo y la cuerda que lo unía a su padre le pareció perderse en un punto no bien definido. Escalaba sin gafas. Doce años, miope, pero con una fuerza en los brazos que ya querría tener Spiderman. El siguiente seguro estaba tan solo a unos centímetros. Se afianzó en la pared y pasó la cuerda por el mosquetón que colgaba a poca distancia de su cara. Entonces, decidió descansar un momento puesto que había encontrado una posición cómoda y segura.

Volvió a mirar hacia abajo y vio cómo su padre lo saludaba con el brazo libre. Él le respondió con un movimiento similar.

Entonces, el hombre dio un paso hacia atrás y resbaló. Comenzó a desplomarse. Sin embargo, su caída no se produjo en la dirección esperada, sino hacia lo alto. Ascendía a toda velocidad intentando asirse de los salientes de roca, de los seguros colocados en la pared o de la cuerda, pero no lo lograba.

El chico aturdido no lograba encajar la situación. El padre continuaba despeñándose en dirección al cielo con cara de "no te preocupes hijo, es algo normal". La aceleración era tal que el ocho, que llevaba en el arnés, no fue capaz de frenar la cuerda y el padre se soltó. Absorbido por una descomunal fuerza de irracional ingravidez, se alejó de la tierra a toda velocidad. Pronto se convirtió en un punto que desapareció en el infinito azul. ¡Plof!

Desconcertado, el chico comenzó a descender con mucho cuidado.

Cuando llegó al suelo, suspiró y pensó en lo complicado que le resultó bajar la pared sin ayuda.

El windsurfista (o la increíble y triste historia de Pedro Antonio Jiménez; de cómo y por qué cayó de su tabla una mañana soleada, de viento suave y mar rizado y acabó último en la competición más importante de su vida, a pesar de que iba primero y llevaba una gran ventaja)

Resbaló.

El tirador de esgrima

Era la joven promesa del equipo. El florete su especialidad. El entrenador declaró a los cuatro vientos que no había visto un tirador de esgrima más rápido y de tantos reflejos en toda su vida. Los padres presumieron ante los amigos de que su hijo no había perdido un solo combate en todo el año. El presidente de la federación se vanaglorió de tener una de las futuras figuras mundiales de la esgrima entre sus inscritos. Incluso el presidente del gobierno, subiendo los pies sobre la mesa en una visita oficial, había alabado la velocidad y precisión del joven y su acero.

La primera convocatoria internacional transcurrió entre victorias. Sólo le quedaba un combate. Debía enfrentarse a otra joven promesa de un país del este de Europa.

Se saludaron mirándose fijamente a los ojos antes de entrar en liza.

Una vez frente a frente, el árbitro ordenó “en garde” y poco después “allez”. El joven hizo el saludo de protocolo con su arma y no dio oportunidad al contrincante del este. Retrocedió unos pasos, dirigió la punta del florete hacia sí mismo y se tocó el corazón. “Touché” gritó el árbitro desconcertado.

Cuatro veces más se repitió la escena ante el estupor de todos los presentes, los televidentes y radioyentes.

Su contrincante había ganado sin moverse un centímetro de su posición inicial.

Cuando se quitaron las caretas de malla, los ojos de los contendientes se encontraron de nuevo. Nuestra joven promesa confirmó en aquel instante que, efectivamente, estaba “touché par le amour” antes de comenzar el combate.